

El catalejo

Daniel Portillo

1

Por fin siento que la vida me sonríe. Nicoleta y yo acabamos de llegar de nuestra luna de miel por la Polinesia Francesa. Ya de vuelta, a miles de kilómetros, tumbado con los ojos cerrados en nuestra cama, todavía puedo sentir los cálidos rayos de sol seduci ndome; puedo contemplar extasiado los cristalinos ojos de Nicoleta fundiéndose con el azul turquesa de las aguas del arrecife de coral; puedo disfrutar de todos los colores del atardecer desde nuestra cabaña flotante, dejándome acariciar por la delgada brisa marina y la suave y magnética piel de Nicoleta, en un vacío pleno e infinito.

Sintiendo de nuevo tantas emociones, no consigo conciliar el sueño. Es noche cerrada, y el insomnio me gana la partida. Seguro que el jet lag y la cama recién estrenada tampoco me lo están poniendo fácil.

Lo cierto es que la vida me ha cambiado mucho en un abrir y cerrar de ojos.  Nunca has tenido la sensación de estar fuera de tu propia vida; de estar viviendo en una película?

Es una sensación muy extra a, que te puede fascinar y espantar a partes iguales.

Hace apenas dos meses era un joven soltero, mileurista, que a duras penas subsistía con trabajos basura, compartiendo con tres desconocidos un antiguo piso a las afueras de Madrid: sin presente, con poco futuro, y con un pasado que no merece ser recordado. Ahora sigo siendo joven. Todo lo demás ha cambiado.

Me levanto con cuidado para no despertar a Nicoleta. Recorro el profundo pasillo de nuestro flamante apartamento de trescientos metros cuadrados. Me acerco a uno de los ventanales del salón. La vista es inmensa. Central Park descansa majestuoso. Nueva York duerme, pero como en todas las grandes metrópolis, algunas de sus ventanas

desprenden vida. La gran manzana es un lugar muy especial; sobre todo si eres millonario. Mi mirada busca el único cuadro que hemos colgado en el apartamento: el boleto ganador de la primitiva, enmarcado para la eternidad.

Junto al ventanal, capta mi atención el reflejo de un catalejo de bronce y ébano. Es uno de tantos regalos de boda que apenas hemos desenvuelto. Nos lo envió el tío Constantin: un familiar lejano de Nicoleta. Ella sólo recuerda haberle visto hace muchos años, cuando era una niña, en su Rumanía natal.

Me acerco al artilugio casi sin pensar. El tacto es curioso: comparte la calidez porosa de la madera y el frío desapacible del metal, amalgamados por el paso del tiempo. Lo manipulo. Me fascina. No tengo claro si yo dirijo al catalejo o el catalejo me dirige a mí. Así, en un movimiento automático, enfoco una de las ventanas iluminadas de una torre lejana. Una carismática pareja brinda con champagne, complicidad y deseo. Ambos visten de gala. Lentamente, y sin dejar de mirarse, se acercan y se empiezan a besar. Él acaricia el cuerpo de ella, por encima de su vestido negro. Ella se abandona. Él besa su cuello, y despacio y con sutileza va desnudando sus pechos. Ella se abandona. Me aferro al catalejo. El beso es apasionado y eterno. Me estremezco. Poco a poco, en un interminable crescendo, el contacto se hace cada vez más primitivo y enérgico. Empiezo a sentir desasosiego. Todo se desmorona en un breve parpadeo. Él hinca su mandíbula en su delicado cuello; hay un breve forcejeo, hasta que él, con indiferencia, deja caer el cuerpo de la mujer inerte, al mismo tiempo que me mira desafiante en la distancia, como si pudiera verme, con los ojos desencajados y los colmillos ensangrentados. Sin dejar de observarme, alza su abominable y puntiagudo dedo, fingiendo que rebana su propio cuello. Mi cuerpo capta el mensaje. Está paralizado, y ya apenas me obedece. Tan solo consigo escucharme en una desesperado martilleo:

– ¡Maldito Catalejo! ¡Maldito Catalejo! ¡Maldito Catalejo!

2

– Jorge.... Jorge... ¿Ese es nuestro timbre? Ya voy yo. – Nicoleta se levanta a regañadientes. Doy un salto de la cama. Estoy tan cansado como aliviado: Hay pocas sensaciones tan reconfortantes como despertarte de una pesadilla y darte cuenta de que sólo era eso: una pesadilla, con su principio y su final. Me pongo la bata y voy atravesando el pasillo, escuchando a Nicoleta hablar con alguien en rumano.

– Jorge, mira quien ha venido. El tío Constantin. – Los pelos se me erizan: el aire me quema los pulmones; noto como si la piel se me despegara de mi propia carne; el corazón se me sale por la boca. Al parecer no era una pesadilla.

– ¿No vas a invitarle a pasar? – Me dice Nicoleta con una mirada y una sonrisa que no le pertenecen.